

Apirila/Abril 1987 - N.º 16

Euskadiko Orkestra Sinfonikoaren Boletín Albistaria
Boletín Informativo de la Orquesta Sinfónica de Euskadi
Bulletin d'information de l'Orchestre Symphonique d'Euskadi

EUSKOR

GERNIKA



Imanol Olaizola

SOROZABAL



Un grupo histórico de músicos vascos.

De izquierda a derecha, de pie: B. PAGOLA, J. OLAIZOLA, P. SOROZABAL, L. URTEAGA, J.M. BEOBIDE, M. ECHEVESTE, J. IZURRATEGUI.
De izquierda a derecha, sentados: N. OTAÑO, B. GABIOLA, P. DONOSTIA, J. GURIDI, N. ALMANDOZ.

El pasado 15 de Enero, en el marco de las más entrañables fiestas para los donostiarras, la Orquesta Sinfónica de Euskadi le dedicaba su concierto, tradicional de esas fechas, en homenaje al gran maestro Sorozabal, que precisamente este año cumplirá 90 años de su nacimiento en Donostia.

Resonancias musicales y bien enraizadas las que produce entre nosotros la evocación del nombre de Pablo Sorozabal Mariezkurrena, no en vano es uno de los grandes, entre los hijos de este pueblo.

El 18 de Septiembre de 1897, día en que su madre Josefa Mariezkurrena Otegui, natural de Hernani, lo trajo a este mundo en el número 12 de la calle Bergara Joshemari Usandizaga tenía ya 10 años. Ese otro grande donostiarra al que Sorozabal califica de inmortal cuando dice: «Su arte dejó hondas huellas en mi espíritu y seguramente influyó en mi vida y en mi música».

Este año que se conmemora el centenario del nacimiento de Usandizaga ha parecido a los rectores de la Orquesta Vasca especialmente oportuno para dedicar este recuerdo al autor de «GERNIKA» —Eusko Kantata— coincidiendo además con el 50 aniversario de aquel martirio.

Asociar en el reconocimiento público a Usandizaga y Sorozabal además de oportuno resulta lógico, si consideramos la personalidad musical de ambos compositores donostiarras y recordamos lo que el mismo Sorozabal escribe respecto a Usandizaga.

Hace unos meses el Maestro me envió, dedicado, un ejemplar de su libro: «Mi vida y mi obra»; debo reconocer que su lectura me cautivó, en parte porque avivaba en mí algunos recuerdos medio olvidados y también porque la narración me ofrecía el mejor medio para acercarme al autor, como hombre y como artista.

Sorozabal se nos presenta tal como es, sincero, sin doblez, en ningún momento da la impresión de querer «vender la mercancía», creo que este libro reúne valores que rara vez un escritor y menos quien a él se asoma excepcionalmente, ofrece al lector.

Confieso que al leerlo he tenido la sensación de proximidad al protagonista en sus andanzas, conflictos y problemas sentimentales.

Mis primeras noticias del maestro Sorozabal se remontan a mi niñez, antes de la guerra civil. Su padre José Ma-

ría era amigo de mi «aitona» Manuel, juntos pasaban muchas horas en el Bulevar donostiarra, cuando el buen tiempo les permitía sentarse en un banco, pues mi «aitona», mutilado durante el asedio carlista de Hernani, debía caminar con la ayuda de una muleta. Los dos con la compañía, muchas veces, de un tío-abuelo mío, gran aficionado al teatro, trataban de arreglar el mundo.

Recuerdo que mi tío solía preguntar por las noticias de Leipzig; Pablo Sorozabal estudiaba y se preparaba para su gran salto en el ambiente musical de esa ciudad alemana.

Todavía se le recordaba al mítico director de orquesta húngaro Arturo Nikisch que en distintas épocas había dejado en Leipzig imborrable recuerdo de su extraordinaria categoría, pues bien con un compañero suyo, también húngaro, Hans Sitt dió sus primeros pasos musicales Sorozabal, que allí mismo, en Leipzig, se puso por primera vez ante una orquesta, según nos cuenta en su libro, describiéndonos sus encontradas emociones ante el que iba a ser su primer compromiso como director de orquesta.

En aquella tertulia del Bulevar llegó a mis oídos el proceso de la preparación y el gran éxito de Katiuska.

Mi «aita», que había sido alumno-becario de la Academia de Bellas Artes, era en 1920 concejal de Fomento en el Ayuntamiento de San Sebastián y tuvo la oportunidad de contribuir a la concesión de una beca, para que Sorozabal pudiera realizar su sueño de estudiar en Alemania.

Quizá de que los dos tuvieron los mismos profesores, que guiaron sus primeros pasos musicales y de otras circunstancias surgió y se alimentó una sólida amistad. En mi biblioteca tengo cuatro volúmenes de una magnífica edición Eulenburg, de partituras de bolsillo, conteniendo las nueve sinfonías y los cuartetos de Beethoven, con dedicatoria, obsequio de Sorozabal a mi «aita». También tengo un ejemplar dedicado de «Dos lieder con piano» (editados en Leipzig). Son recuerdos de su época de preparación en Alemania.

En su última carta, del 5.2.87, el Maestro me escribe: «me ha hecho recordar aquellos buenos tiempos, cuando junto a su padre que me acompañó en un armonio, a la luz de la luna en el atrio de la Iglesia de Amezketa, dí a conocer a nuestros amigos Isaac Lopez-Mendizabal y Joshe Eizaguirre, etc. mis dos obras para violín «Eresi e Inguruko». Este «original» concierto también me lo recordaba frecuentemente mi «aita» cuando hablábamos de aquellos tiempos. Sorozabal ha sentido siempre un amor profundo por su pueblo vasco; para comprenderlo basta leerle cuando escribe: «Mis padres apenas sabían chapurrear el castellano y lo fueron

aprendiendo con nosotros, con sus hijos, a la vez que nosotros íbamos olvidando el euskera. ¡Qué pena! ¡Qué tragedia la de nosotros los vascos por imperativo de la vida, de una política centralista, tuvimos que olvidar nuestro bello idioma! Yo me avergüenzo de ello y aspiro todavía, aunque sólo sea a la hora de la muerte, a decir mis últimas palabras en el mismo lenguaje que utilicé para expresar mis primeras emociones».

Sorozabal es uno de esos vascos universales, difíciles e inquietantes, que aunque a veces parezcan contradictorios ni quieren ni pueden ocultar sus profundas raíces. Me vienen a la mente los nombres de otros vascos, Baroja, Oteiza etc., ¡cuánto se discute sobre ellos, pero qué lujo sería para nuestro pueblo si tuviéramos otros como ellos! La inquietud de unos es el catalizador que acelera la reacción de los demás.

Se puede preguntar, por qué Sorozabal dedicó sus mayores esfuerzos a la lírica, cuando en su obra se distingue su gran disposición para la música sinfónica, pero es mejor que él mismo nos lo diga: «Por mi gusto, yo aspiraba a dedicarme exclusivamente a la música sinfónica, a la música pura, pero me daba cuenta de que eso era imposible y no conducía más que a la miseria».

Sin embargo, también en ese género nos ha dejado hermosas muestras de su capacidad musical.

Al organizar en 1961 el primer Festival Bach le pedí su colaboración para mi proyecto. ¡Cuánto entusiasmo y conocimiento volcó en aquel montaje del «Magnificat» en la Basílica de Santa María! Conservo una abundante correspondencia sobre este acontecimiento. Siempre ha sido muy exigente, predicando con el ejemplo, correspondiendo a su gran sentido de la responsabilidad.

Tal vez para el Maestro la dirección de orquesta haya representado una forma de realizarse en el mundo sinfónico. Los que por los años cuarenta le escuchábamos en Madrid, al frente de la Orquesta Filarmónica, no olvidamos sus interpretaciones. Recuerdo especialmente un concierto en colaboración con el Coro Maitea.

Hace unos meses me decía que no querría morir sin dirigir a la Orquesta Sinfónica de Euskadi. En ocasión de su homenaje no fué posible por una travesura de su salud, pero hago votos porque el deseo de Sorozabal se cumpla cuanto antes.